



La Biblia en idioma maya. Crónica de un proyecto

Cuando Jesús marcó el inicio de la gran tarea encomendada a los discípulos, los exegetas coinciden en afirmar que lo hizo en arameo; hoy, al cabo de una veintena de siglos, miles de indígenas mayas (del sureste de México y parte de Centroamérica) pueden escuchar aquellas mismas palabras en su propio idioma: «*Xeene'ex t'úun ti'u cajnáalilob' tuláacal caajoóbe' ca beete'exo'ob aj canbalo'ob...*» (Mt 28, 19).

O, mejor aún, hoy se puede afirmar que con la traducción de la Biblia el idioma de los mayas (idioma, no dialecto, en el correcto sentido del vocablo), se ha ampliado el horizonte de la palabra profética de Malaquías, quien dijo que «desde el levante hasta el poniente es honrado mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece en mi honor un sacrificio y una ofrenda pura, porque mi nombre es grande entre las naciones» («*Tumen licul likín ac chikiine' nojoch in kaaba' ichil nucuch caajoob. Tulaacal tuuxe' cu kuubul ti in kaabae' jump'eel quiiboc sibal beyxan yetel jump'eel sujuy sibal. Tumen in kabae' nojoch ichil nucuch caajoob. Bey cu yaalic Yumtzil Yum Ku*»).

Tomando en cuenta la enorme variedad de lenguas que se hablan en el continente americano, el *maya* es uno de los siete idiomas indígenas de América Latina que ya cuenta con la traducción de todos los libros de la Biblia, desde el 25 de noviembre de 1992, fecha en que oficialmente se presentó la edición en solemne ceremonia llevada al cabo por el arzobispo de Yucatán (México) en la iglesia catedral de Mérida. En aquella ocasión estuvieron presentes los representantes de las comunidades evangélicas (Sres. Manuel Gaxiola y Victoriano Báez Camargo, presidente y secretario ejecutivo de la Sociedad Bíblica de México, respectivamente, y los sacerdotes que formaron parte del equipo de traducción).

Con esto culminó el proyecto que, veinte años atrás —en enero de 1972— se había iniciado con mucho entusiasmo. El arzobispo de Yucatán Mons. Manuel Castro Ruiz y el Dr. William Wonderly (coordinador internacional de las Sociedades Bíblicas en el área de las traducciones de la Biblia), se habían interesado en iniciar esta aventura. Y el primer trabajo ecuménico que se llevó al cabo de inmediato fue revisar la traducción del Nuevo Testamento que habían hecho algunos miembros de las iglesias evangélicas.

La idea era que el Nuevo Testamento pudiera ser usado por todas las comunidades cristianas de cualquier denominación que hablen el idioma maya (teniendo en cuenta la fuerte infiltración de sectas que padecen los pueblos de América Latina por su cercanía con los Estados Unidos). Dicho equipo inicial de revisión estuvo formado por los Sres. Ernesto Mathews, Abraham Pech y Francisco Zapata (de la iglesia presbiteriana) y los sacerdotes católicos Juan Castro y Sebastián Castro.

Después de seis años, en 1978 se editó (en algún taller de la república comunista de China) la nueva versión de los libros del Nuevo Testamento que los sacer-



dores católicos habían revisado cuidadosamente. Una pequeña dificultad había retrasado dicha edición: no había consenso en la referente a «los hermanos de Jesús» (Mt 3, 32). Resulta que en el idioma maya existen palabras propias para designar al hermano mayor (*sucúun*) y al hermano menor (*údzin*); pero, como en todos los idiomas, debido a que las acepciones no son del todo absolutas, la dificultad se resolvió con una nota explicativa a pie de página. La segunda edición del Nuevo Testamento se hizo en 1981 y fue impresa en Canadá.

El siguiente paso fue traducir una parte del Antiguo Testamento que pudiera ser utilizada por la Iglesia en sus celebraciones litúrgicas, lo cual —obviamente— ya hacía con los textos del Nuevo. Con esto, cabe señalar que el pueblo indígena de Yucatán comenzó a sentir que vivía muy de cerca la celebración de los Sacramentos ya que, con la aprobación de la Sagrada Congregación para el Culto y los Sacramentos, la archidiócesis de Yucatán había traducido las cuatro anáforas de la plegaria eucarística; por lo tanto, la Santa Misa era celebrada en el idioma de los mayas casi en su totalidad, pues faltaba el texto de las lecturas del Antiguo Testamento.

Por eso se pensó que lo primero que debía traducirse era el Salterio. De inmediato se integró el comité de traducción y muy pronto, en 1981, los cristianos pudieron rezar la Liturgia de las Horas en lengua maya.

Al año siguiente, con el interés ya despertado, se tomó la determinación de traducir todos los libros veterotestamentarios que faltaban. El Sr. Edesio Sánchez, los sacerdotes católicos Bartolomé Tuz Mut, Elías Chi Chan, Miguel Ucán Noh y la religiosa Berta Mis Mas (de la Congregación de Misioneras Guadalupanas), comenzaron a llevar a cabo la tremenda tarea. «Fue, comenta Pbro. Tuz Mut, una labor de fraternidad y de mutuo amor a la Palabra de Dios y su difusión en todas las comunidades cristianas, de manera especial por aquellas en las que todavía se expresan en el hermoso y dulce idioma maya».

Así las cosas, en marzo de 1992, los integrantes del comité de traducción entregaron el original de dicha traducción. Sólo quedaba pendiente lo relacionado con la publicación. La Conferencia del Episcopado Mexicano, en su LI Asamblea Plenaria, aprobó dicha publicación (conforme al canon 825 del CIC) y Mons. Manuel Castro Ruiz —arzobispo de Yucatán y tenaz promotor de la obra— inició la recaudación de recursos económicos para concretar lo relacionado con la impresión. El 31 de mayo de 1992 dio el último empujón a esta iniciativa y se iniciaron los preparativos de la impresión en los talleres de la Sociedad Bíblica de México, A. C. Al cabo de cinco meses, el texto de *Quili'ich Biblia ich Maya (yetel Deuterocanonico'ob)* vió la luz en la ciudad de México. Dicha edición, afirmó complacido Mons. Castro Ruiz, «sirva para alentar nuestra fe común en Cristo, en su Palabra eterna y en su mensaje de salvación. Nuestra Esperanza en la comunión más plena con nues-



«... los hermanos (los de las comunidades protestantes), y nuestra Caridad para que el misterio de la unidad tenga su realización plena».

Cuando el Papa Juan Pablo II llegó a Izamal para su encuentro con los representantes de las comunidades indígenas de América Latina, el 11 de agosto de 1993, el sacerdote católico Lorenzo Mex Jiménez le obsequió un ejemplar de la Biblia en Maya.

Hoy, con la alegría de leer y escuchar la Palabra de Dios en su propio idioma, los indígenas mayas del Quiché (Guatemala) y de los estados mexicanos de Chiapas, Quintana Roo, Campeche y Yucatán, agradecen el trabajo de veinte años. Un trabajo que, como apuntó Manuel Gaxiola (Presidente de la Sociedad Bíblica de México), «indica que la civilización maya continúa viviendo y que sigue produciendo hombres sabios».

Manuel Jesús CEBALLOS GARCÍA
Calle 14 n° 543-A (entre 63-D y 65)
Colonia Sarmiento
97167 Mérida, Yucatán (México)

La teología de la primera generación del Colegio de San Pedro y San Pablo de México Proyecto de investigación

En un artículo reciente¹ sobre las investigaciones que ha llevado a cabo el Instituto de Historia de la Iglesia en los últimos cinco años, se hacía balance de los resultados alcanzados. Esos estudios tienen en común el análisis teológico de la primera evangelización, especialmente en Nueva España, y se centran principalmente en lo que se ha denominado «teología profética americana». Junto a tales trabajos, es preciso señalar también el esfuerzo realizado por analizar la teología académica del siglo XVI mexicano, en el ámbito de la Real y Pontificia Universidad de México, fundada en 1551. Alonso de la Veracruz, Bartolomé de Ledesma y Pedro de Pravia, todos ellos frailes mendicantes, son los catedráticos de la primera generación universitaria de los que se conserva obra escolástica escrita y que han sido estudiados².

1. C. J. ALEJOS GRAU, *Las publicaciones del Instituto de Historia de la Iglesia, de la Universidad de Navarra, sobre la evangelización americana*, en AHIg 3 (1994) 293-300.

2. Vid. J. I. SARANYANA, *Grandes maestros de la teología. I. De Alejandría a México (siglos III al XVI)*, Atenas, Madrid 1994, pp. 207-261.